

Argentina

Pescadito de colores

Guillermo Almeyra

La visita a Buenos Aires de David Rockefeller, en su carácter de presidente del Chase Manhattan Bank, y la reunión organizada allí por el *Financial Times* indican claramente el interés de los grandes financieros internacionales por el mantenimiento de la política del ministro de Economía Martínez de Hoz y, a la vez, la evidente decisión de los militares gobernantes de proseguir con esa línea.

Es que, como dijéramos en otras oportunidades, la junta está refundando la Argentina, con una política destinada a crear nuevas condiciones para la acumulación capitalista (y, por consiguiente, para las inversiones nacionales y extranjeras) y la está remodelando desde el punto de vista económico, político y social, cambiando las relaciones que anteriormente existían entre las clases, cambiando internamente a esas clases mismas.

Las grandes trabas que existían en Argentina para su incorporación normal a la internacionalización del capital (el papel proteccionista de un Estado con una política de distribución de ingresos que frenaba las inversiones, y el papel de los sindicatos, que protegían los salarios y cerraban el abanico salarial) han sido eliminados y Argentina se está integrando a toda prisa a una división mundial del trabajo que requiere el mantenimiento de los cambios profundos introducidos por el golpe de hace cuatro años.

Hay gente, sin embargo, que sigue creyendo en el poder mágico de los pescaditos de colores y espera reconstruir, contra la junta, como si nada hubiese pasado ni estuviese pasando, la alianza entre el movimiento obrero y un sector marginal de la burguesía, con su apéndice militar. Y, por consiguiente, que buscan concretar una nueva unidad del peronismo que corresponda a esa base de clases.

Las ilusiones se ven reforzadas por la oposición a la política

económica de la Junta de sectores industriales y agrarios (industria liviana, capitalistas vitivinícolas, fruteros, lecheros, etcétera) duramente afectados por la alianza entre el gran capital financiero y la oligarquía convertida en industrial a partir de su base agraria. Además, ven la posibilidad de transformar el nacionalismo reaccionario de la junta (o sea, su independencia frente a Estados Unidos, apoyándose en el creciente papel y mayor dinamismo de los capitalistas europeos) en un elemento *antimperialista*, sin ver que imperialismo no es sinónimo de Washington y que ese nacionalismo de nuevo tipo (del conjunto de los sectores burgueses que cuentan) va unido a la internacionalización del capital, con todas sus consecuencias sociales.

La *Argentina de Papá* ya murió y con ella desapareció de la escena política el viejo ejército, con sus generales subordinados al papel político de los civiles (fuesen éstos *doctores* o *sindicalistas*): hoy las fuerzas armadas están totalmente integradas en los sectores productivos, desde los directorios de las grandes empresas privadas (y, a veces, estatales) y el ejército es el *partido* de la nueva alianza dominante en la burguesía, que carece de él y que, no sólo no puede recurrir a los viejos organismos políticos, sino que se da como tarea anularlos, destruirlos.

También se *borró* la burocracia sindical, anteriormente tan

fuerte mediadora en el Estado populista: la ruptura de la centralización sindical busca romper la unidad de la clase obrera, la cual tiende a diferenciarse interiormente por los niveles salariales y por su organización provincial o local, y ellos produce un doble efecto: por un lado, tiende a mantener artificialmente bajos los salarios reales y a dificultar las luchas obreras y, por el otro, a más largo plazo, no deja otra salida a los trabajadores que darse una dirección revolucionaria, no conciliadora con el Estado. La vieja burguesía marginal, no sólo ha sido desplazada y debilitada sino que, además, no puede contar con un *boom* mundial y con una movilización obrera (pero sólo tras objetivos de reformas y nacionalistas) que le permitan aprovechar la debilidad del imperialismo como hizo en 1945, cuando el surgimiento del peronismo. Ninguna de esas condiciones existen: ni hay *boom*, ni la debilidad-real-del-capital internacional puede ser aprovechada (ya que el mismo se ha reforzado en Argentina), ni los obreros, tras la experiencia del hundimiento del peronismo, aunque sigan siendo peronistas durante un periodo, confían ya en una dirección enfangada y causante del desastre, en los Lorenzo Miguel y las Isabel Perón, ni esperan nada de la propuesta de volver a hacer la misma política fracasada.

La consecuencia es bien simple: la unidad peronista es no solamente imposible sino, además, reaccionaria, pues impide el desarrollo de la condición indispensable para acabar con la dictadura y sus planes económicos y para reestructurar, sí, el país y su economía, pero en interés del pueblo argentino: la independencia de clase y política de los trabajadores. Además, no hay base alguna para una alianza antidictatorial con la burguesía ni para la recuperación por esa vía de la democracia. La alternativa a la junta no es revivir el pasado: es preparar el porvenir.